

Carlos Rafael Rodríguez, un cabal periodista

JUAN MARRERO

COINCIDE EL AÑO del centenario del natalicio de Carlos Rafael Rodríguez con el aniversario 50 de la fundación de la UPEC y con el Noveno Congreso de los periodistas cubanos. Es, sin duda, un buen momento para desde nuestras filas recordar a ese ejemplar dirigente político revolucionario, humanista y periodista.

La última vez que tuvimos el privilegio de estar junto a él fue en la sesión final del Sexto Congreso de la UPEC, el 23 de diciembre de 1993. Ya entonces su salud estaba seriamente quebrantada, y aquel poderoso timbre de su voz no existía, incluso los médicos le habían ordenado descanso absoluto, pero él tenía aún suficiente fuerza para “cumplir mi pequeña porción que me toca en el Sexto Congreso de la UPEC”.

La mente y la pluma de alto vuelo de Carlos Rafael Rodríguez no descansaron desde que escribió en el periódico *El País*, en 1931, su primer artículo, que, en su médula, planteaba la absoluta necesidad de la intervención del Estado en la economía nacional e internacional. “El Estado —dijo entonces aquel inquieto joven, de solo 18 años de edad— debe controlar la producción como salvaguardia para el proletariado, el consumidor y aun el mismo productor”. Es decir, desde tan temprano las ideas del liberalismo no forman parte de su pensamiento económico.

Los delegados asistentes al Sexto Congreso de la UPEC, efectuado en uno de los salones del Palacio de Convenciones, escuchamos, en presencia de Carlos Rafael, una carta que dirigió al entonces presidente de la UPEC, Julio García Luis, la cual es, en su esencia, reafirmación de su talento, sabiduría y condición de intelectual revolucionario.

Debemos recordar que ello ocurrió en un momento bien difícil para el país y, en particular, para el periodismo cubano. Cuando empezaban a sentirse fuertemente en la prensa los efectos de la debacle del socialismo en Europa y el imperialismo estaba más fortalecido como nunca antes. La paralización de las importaciones de papel desde la desaparecida Unión Soviética y la falta de recursos financieros obligaron al país a cerrar decenas de publicaciones, dejar solamente unas pocas que comenzaron a salir con una periodicidad semanal, quincenal o mensual, y todas las sobrevivientes debieron de reducir el número de sus páginas.

En medio de tal coyuntura, Carlos Rafael nos trasladaba los siguientes consejos:

“...los periodistas, como los demás ciudadanos, tenemos un doble tarea: afianzar el presente y preparar el porvenir. Hace falta defender lo que hemos conseguido con tan pocos elementos como los que tuvieron los mambises en el campo de batalla o de los que dispuso José Martí para preparar su revolución, porque ahora el adversario es más poderoso y fuerte.

“Estamos en un momento en que cada uno de los medios de comunicación tiene importancia y juega su función. Ahora, el pedazo de papel, la onda radial, un minuto de televisión, nos es precioso y necesario. Usarlos indebidamente es malgastar el potencial revolucionario que tan abundante resulta en nuestra tierra.

“A eso debemos dedicarnos. A sacar de cada uno de nuestros papeles, de cada minuto de la radio y cada imagen televisiva, lo mejor para la cultura, la educación y la información del país. Y no siempre es así. Nunca han sido más fuertes e incisivos algunos artículos de nuestra prensa escrita o hablada; pero nunca nos ha dolido más, tampoco, el calificativo incorrecto, la frase mal hecha, la chapucería y el mal gusto que algunas veces vemos en otros artículos.

“Transformar todo eso en excelencia, es nuestra aspiración, y podemos hacerlo. Así iremos aprendiendo para cuando tengamos más espacio, porque en la prensa de nuestros días el buen gusto y la frase bien hecha son el verdadero símbolo de la excelencia a que aspiramos. Yo sé que ustedes están empeñados en eso. Pero hace falta



hacer más, exigir más, y solo así cumpliremos con nuestro deber. Es decir, recordar que no hace falta escribir mucho, sino que es mejor escribir bien. Y no olvidamos nunca que, como se sabe, hay tres tipos de escritores: los que escriben sin pensar, los que piensan para escribir y los que escriben porque han pensado; y nuestra gente debe pertenecer al tercero de estos grupos”.

LETRA CON FILO

Carlos Rafael Rodríguez fue un cabal periodista. En toda su vida de revolucionario jamás dejó de ejercer esa profesión, en medio de sus múltiples responsabilidades como dirigente político marxista, profesor universitario, economista, escritor o en la esfera de las relaciones internacionales, antes o después del triunfo de la Revolución Cubana. Pendiente aún está hacer un estudio profundo sobre su práctica periodística, aunque mucho se puede conocer de ella leyendo la obra **Letra con filo** que en tres volúmenes recoge muchos de sus artículos, crónicas y entrevistas.

En uno de esos tomos, como prólogo, Ángel Augier Proenza, alguien que estuvo muy cerca de él, como militante revolucionario y profesional del periodismo, ofrece alguna información sobre el paso de Carlos Rafael por distintas publicaciones para proclamar sus ideas.

Bajo su dirección surgió en Cienfuegos una revista que desde el título mostraba su inescusable filiación insurgente: *Juventud*, tomado quizás de la homónima que dirigiera Julio Antonio Mella en La Habana años antes. Sus páginas desafiaban a la tiranía machadista, llamaban a derrocarla como una necesidad para poder empezar a resolver los problemas fundamentales del país. Augier cita, a modo de ilustración, el artículo titulado **El oro que nos mata**, donde Carlos Rafael da un grito de alarma ante los empréstitos norteamericanos que hacían más dependiente al país de los consorcios financieros y apuntalaban el mando arbitrario de la tiranía. Esta revista fue prontamente clausurada y su director arrestado.

En las páginas del diario *La Correspondencia de Cienfuegos*, entonces el periódico más importante de Las Villas, los artículos que publica en 1932 son elogiados por hombres consagrados en las letras cubanas, entre ellos Medardo Vitier y Jorge Mañach. Vitier le escribe una carta diciéndole que sus artículos eran admirables tanto por lo que tienen de juicio como por sus excelencias estilísticas, mientras Mañach le dice que tienen un nervio de prosa que no se da a menudo entre nosotros, y lo llama

a madurar, con un buen plan de trabajo, el talento.

Son los días en que Carlos Rafael expone su conciencia antimperialista en la crónica **Alrededor de América y desde su centro** sobre la heroica lucha de Sandino frente a la ocupación norteamericana de Nicaragua; escribe sobre la poesía de Martí, sobre el epistolario de Martí y Máximo Gómez, sobre la ideología del indio Rabindranath Tagore; sobre Unamuno y Ortega y Gasset, y de otros temas. La actualidad lo ocupa, los hombres de ayer lo ocupan, los cubanos y los de otros países, pero siempre desde la visión de los tiempos en que vive.

SEMBLANZAS HISTÓRICAS

En el periódico habanero *El País*, la revista *Segur* —fundada también por él en Cienfuegos—, *Diario de Cuba*, de Santiago de Cuba, *Orto*, de Manzanillo, el semanario *La Palabra*, las revistas *Universidad de La Habana*, *Resumen*, *Mediodía*, *El Comunista*, *Fundamentos*, *Dialéctica* y el periódico *Noticias de Hoy*, la inquieta pluma de Carlos Rafael Rodríguez se hace presente en las décadas de los años 30 y 40. En algunas de esas publicaciones ocupó responsabilidades como director o subdirector. Escribe sin descanso. Tiene mucho que decir, pero a la vez que hacer como revolucionario. Decir y hacer cabalgan juntos. Es capaz de simultanear sus tareas políticas, sus responsabilidades periodísticas y sus deberes como estudiante, primero, y profesor después.

Son de gran significación las semblanzas que escribió en la revista teórica *Fundamentos* sobre distintas figuras de la historia de Cuba. Siempre lo hizo con el espíritu de indagar si la actividad y el ideario del personaje tratado merecían formar parte de la herencia cultural y política de Cuba, de los revolucionarios cubanos. Su formación marxista, su pensamiento dialéctico, que tuvo siempre en cuenta, tiempo, espacio y los factores de diferentes tipos, le permitieron analizar con profundidad cada figura, sin rehuir aspectos dudosos, negativos o erróneos. Las herramientas del materialismo dialéctico, en fin, le permitieron situar a cada personaje en su justo lugar, sin dejar de reconocer tanto sus méritos y virtudes como sus errores y debilidades.

Trató, por ejemplo, en 1947 sobre José de la Luz y Caballero partiendo de que dos grandes patriotas, Martí y Maceo, lo vieron de modo diferente. Martí, conocedor de las dudas y sospechas que la actitud callada de Luz provocaba en muchos ánimos, asegura que “es desconocido sin razón por los que no tienen ojos con que verlo” y trata de demostrar que dentro de su aparente tibieza andaba la inconformidad patriótica. Maceo, en cambio, reprochará a Luz que su actitud frente a la esclavitud no permite ver esa figura como un hombre puro. Partiendo de esas dos posiciones diametralmente opuestas, Carlos Rafael, con información e investigaciones suficientes que no estuvieron al alcance de Maceo o de Martí, logra salvar a Luz y Caballero. Demuestra que fue un opositor tenaz de la trata de esclavos, y que en sus ideas y prédicas está patente la condena a la colonia y a la esclavitud. “Don Pepe —escribe como conclusión Carlos Rafael Rodríguez—, menos militante que Agramonte y Martí, más ponderado que Varela, tiene, sin embargo, un sitio entre nosotros. Hay en toda su existencia la marca del decoro y el patriotismo... Con sus limitaciones, hija de la época, y sus grandezas, pruebas de su dimensión universal, Luz y Caballero nos pertenece. Sabremos superar sus límites y andar en el camino de sus grandes huellas”.

Carlos Rafael fue también un estudioso de la figura de Enrique José Varona. Bajo el título **Varona: la muerte acercadora** publica un breve artículo sobre él en *Orto*, en 1934. Quince años después en *Fundamentos* ve la luz un ensayo bien enjundioso sobre este intelectual camagüeyano que tuvo, según dice, una vida no exenta de quiebras, nunca abrazó ideas radicales, asumió una postura cautelosa y autonomista tras el Pacto del Zanjón, adoptó criterios conservadores en asuntos como el sufragio y la cuestión social, dio juicios equivocados acerca del problema negro, formó parte del gabinete elaborado por los interventores